

CAPITULO XV

LO QUE HACE EN EL ALMA LA MIRADA Y COMPAÑIA DE JESUS

Juan Bautista Torelló ha escrito con gran verdad que *la dificultad de la oración... está en saber recogerse. Logrado esto se ha logrado todo. El recogimiento es el secreto de la oración... Recogerse no significa olvidar, significa atender... Quiere decir esforzarse activamente hacia dentro, dejando la ridícula pretensión de encontrar a nuestro Dios escondido en las plazas y en las calles. Hay que evitar que las calles de la ciudad se abran plaza en tu corazón (La vida en Dios por un cartujo, Prólogo).*

Este modo de recogerse, necesario para hacer oración, es precisamente el enseñado por Santa Teresa de Jesús en su modo de hacer oración en la mayor sencillez, en la mayor devoción y con la mayor ganancia.

No son necesarias ni las conclusiones, ni las divisiones ni cuanto puede fatigar el entendimiento o la memoria. Sólo se necesita recogerse humilde, suave, serena y sosegadamente con Dios; sólo se necesita *mirar que le mira Jesús*. Tan sólo es imprescindible *atender a Jesús mirándole dentro de sí mismo o junto a sí. O mirarse envuelto o engolfado en Dios o mirar a Dios, todo luz y bondad y amor, como centro del alma*. En verdad Dios es el centro del alma y el más profundo y perfecto centro del alma y de todos los seres. Dios comunica toda la vida y toda la perfección. Aquí el alma vive a Dios consciente, agradecida y humilde. Recógese el alma en sí misma como Paraíso de Dios, como cielo que Dios llena de Sí mismo.

Preste atención humilde a Jesús, atención a Dios y se mire engolfada en Dios. Mayor sencillez y más facilidad y aun descanso no pueden darse.

Pueden hacer esta oración todas las personas, sean mayores, sean niños, sean sabios o sean ignorantes.

Todos los hombres tienen amor humano y gozan en amar. A veces ama más un analfabeto y un niño que un sabio o un hombre maduro.

Continuemos viendo cómo Santa Teresa nos dice hizo oración y cómo nos será fácil hacerla a todos si en verdad queremos y nos determinamos.

No prohíbe la Santa que se piense y se discorra en la oración sobre las verdades y materias del cielo y de la tierra. Toda la creación es obra de Dios y obra maravillosa. Quien tenga facilidad para hacerlo, que lo haga y se ayude sin apartar la atención de Dios, con tal que no se deje *muchas veces la pasión y vida de Cristo, que es de donde nos ha venido y viene todo bien* (Vida, 13, 13).

Nos dice prácticamente cómo se puede hacer y lo hacía ella: *Pues tornando a lo que decía de pensar a Cristo a la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo, y por qué las tuvo, y quién es el que las tuvo, y el amor con que las pasó; mas que no se canse siempre en andar a buscar esto, sino que se esté allí con El, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe, y hable, y pida, y se humille y regale con El, y acuerde que no merecía estar allí: cuando pudiere hacer esto—aunque sea al principio de comenzar oración—hallará gran provecho, y hace muchos provechos esta manera de oración; al menos hallóle mi alma* (Vida, 3, 22).

Es la misma Santa Teresa quien maravillosamente describe los inmensos beneficios y provechos que su alma alcanzó y sintió con esta oración atenta, callada y sosegada de mirar a Jesús dentro de sí misma.

Nunca se deje de tener presente que el Maestro

que enseña la oración es Dios y quien da también el don de la oración, pero exige la cooperación y la atención del alma, el recogimiento y la limpieza o delicadeza de conciencia.

Esta oración está al alcance de todos con la ayuda de Dios. *Hasta aquí podemos adquirir nosotros, entiéndase con el favor de Dios (Vida, 11, 10).*

Porque poco a poco y en poco tiempo, si traéis cuidado con oración, os hallaréis en la cumbre (Camino, Escorial 17, 3).

Además de decirnos *parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo*, escribe también este sorprendente efecto: *Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo... venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en El (Vida, 10, 1).*

Mirando a Dios y recogándose con El, se grabó su presencia imborrablemente en su alma. Dios obrando en ella la obra de amor se hacía presente y llegó a hacerse presente de una manera constante como Dios-Trino. *El gran deleite que entonces siente en el alma es de verse cerca de Dios... Metida (el alma) en aquella morada por visión intelectual, por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres Personas, con una influencia que primero vie-*

ne a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable, que se da el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas. una sustancia, y un poder, y un saber y un solo Dios... Aquí se le comunican todas tres Personas y la hablan, y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor: Que vendría El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos (Moradas, VII, I, 6-7).

Esta unión en amor con Dios, con la compañía de Jesús como testigo amoroso, con la sensación de la viva presencia de Dios llenando su alma y comunicándose con ella, es el altísimo y regaladísimo fruto logrado y bien sazonado de la oración con que desde los principios empezó a mirar a Jesús solo dentro de su alma y llevarle en ella o de la oración que en seguida nos enseñará de verse toda engolfada en Dios, sola en Dios, toda atenta a Dios, en silencio de Dios.

Las alborotadas memoria e imaginación han encontrado su sabroso cebo y no sólo no distraen ya la voluntad de su atención, sino que, admiradas, ayudan quietas al recogimiento y a despertar el afecto santo.

Para adelantar son siempre imprescindibles el recogimiento y la perseverancia en la atención y en

el tiempo dedicado a la oración y la limpieza de conciencia.

Jesucristo-Dios es el Maestro, el único Maestro, que enseña la oración y el único que da el poder orar, como también es Dios el único que puede dar su amor.

Se acude a los hombres espirituales o a los libros para aprender a hacer oración, pero los hombres como los libros sólo pueden dar unas normas muy deficientes y pobres para orar; son auxiliares de Jesús. Al tratar los santos de enseñar a hacer oración hacían lo que podían, pero añadían siempre como San Martiniano a Conrado: *Dios te la enseñará*, o como San Felipe Neri a sus muchos dirigidos: *El Espíritu Santo te la enseñará*.

Mirando a Jesucristo-Dios presente dentro del alma o al lado, dentro de mí mismo, Jesucristo no dejará de enseñarme a orar muy santamente ni de darme su amor, si yo soy el que debo. Me enseña con su vida y con su inspiración.

Por eso insiste tanto la Santa en traerle presente: *Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos traerle humano... Ha menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario... En negocios, y en persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades, es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hom-*

bre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía; y habiendo costumbre es muy fácil hallarle junto a sí (Vida, 22, 8-10).

De sí misma escribe, y yo me lo puedo aplicar a mí mismo: *Había sido yo tan devota toda mi vida de Cristo... y así siempre tornaba a mi costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba; quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato e imagen, ya que no podía traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera (Vida, 22, 4).*

En veros junto a mí he visto todos los bienes... Con tan buen amigo presente... todo se puede sufrir. Es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero (Vida, 22, 6).

Allí son las promesas y determinaciones heroicas; la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad... Está la humildad más crecida... Va tan fuera la vanagloria que no le parece la podría tener... Quédase sola con El, ¿qué ha de hacer sino amarle?... y deshácese en alabanzas de Dios. Y yo me querría deshacer ahora (Vida, 19, 2).

Con esta oración de recogimiento y atención en compañía de Jesús decía, inundada de gozo y agradecimiento a Dios: *¿De dónde me vinieron a mí todos los bienes sino de Vos?...*

Tengo para mí que la causa de no aprovechar más muchas almas y llegar a muy gran libertad de espíritu cuando llegan a tener oración de unión es por esto de no tener tan presente a Jesús...

Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes; El lo enseñará; mirando su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos (que tener) un tan buen amigo al lado?, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, ¡bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere junto a sí! (Vida, 22, 3-7-8).

¡Qué buen Compañero y qué buen Maestro es Jesús! ¡Qué bien enseña y qué generosamente enriquece en el amor y en las virtudes al alma que acude a El y se esmera en estar con El!

Jesús enseña la oración y da el don de la oración a las almas.

Jesús es vida sobrenatural y llena de vida a cuantos procuran llevarle dentro de sí mismos o junto a sí. Y acaba de decirnos Santa Teresa lo muy conveniente que es traer su imagen y no para llevarla en el seno o colgada, sino para hablar con el Señor y pedirle su ayuda, ofrecerle nuestros trabajos y nuestros afectos y nuestras personas. La conversación con el Señor en la oración y durante el día, despierta el afecto y aviva la fe y no deja el Señor de darnos amorosa respuesta en un amor más crecido.

CAPITULO XVI

PARA VIVIR LOS ADMIRABLES FRUTOS DE ESTA ORACION

La santidad es vivir la oración, porque es vivir el amor y practicar las virtudes, que son las flores hermosísimas y los frutos sazonados del amor.

La oración es ejercicio de amor para acrecentar el amor y producir las virtudes. La oración perfecta es beber con ansia en la fuente del amor y sumergirse en Dios, manantial inagotable de todo bien.

La oración se ha de convertir en vida y se verá en todos los actos de la vida.

Este modo de hacer oración mental explicado por Santa Teresa, como ella lo hacía, parece muy fácil y asequible a todos, porque en sí es la misma sencillez y está libre de toda complicación y exento de divisiones o combinaciones. No se necesita discutir, ni buscar o seleccionar libros, ni hacer lec-

tura para tener puntos de meditación, aun cuando sea muy conveniente para recogerse y avivar el afecto.

Todos los hombres de todos los estados y edades pueden ver un paisaje que esté delante de ellos con sólo abrir los ojos. Basta mirar. No sólo no cansa esta acción, sino que es descanso, y regalo, y gozo, y conocimiento.

Mirar a Dios es fijar la atención en Dios, es gozarse en atender y prestar oído a Dios. Cuanto más atentamente se mire el paisaje y mejor vista se tenga y más claro conocimiento, mayor será el recreo del espíritu y el descanso que se sienta; y de semejante modo quien más atentamente mire a Dios y más silenciosamente escuche a Dios, más conocerá de Dios y más se recreará y gozará en la hermosura y en el gozo de Dios; más le amará.

Los frutos de amor, y las flores de virtudes y de santidad que esta oración pone en el alma, son admirables y ni se pueden expresar. Lo vemos en las vidas de los santos; y resalta, más que en otros muchos, en Santa Teresa; gozosamente los experimentarán también cuantos se decidan a vivirla.

Porque esta oración no es un pensamiento o una consideración más o menos sutil y agradable; esta oración es vida del alma.

No son excesivas las alabanzas que de ella hace

Santa Teresa ni deben acobardarnos, sino animarnos los altísimos efectos que describe, pues quiere el Señor poner todas esas maravillas también en mi alma, si con decisión yo quiero.

Hacer esta oración de compañía y convivencia con Jesús o con Dios es vivir el amor, las virtudes y la santidad, porque estando Dios con el alma, el mismo Dios es la vida del alma. El alma le lleva dentro de sí, le ama, le vive y recibe su santidad. Este alma de oración está llena de las misericordias del Señor.

Así dice Santa Teresa: *Dios pone (en el alma) un gran deseo de ir adelante en la oración, y no dejarla por ninguna cosa de trabajo que le pudiese suceder; a todo se ofrece; una seguridad con temor de que ha de salvarse... Ve que se le comienza un amor con Dios muy sin interés suyo; desea ratos de soledad para gozarse más de aquel bien; en fin..., es un principio de todos los bienes, un estar ya las flores en término que no les falte casi nada para brotar (Vida, 15, 14). Por aquí (la oración) se remediaron todos mis males (Vida, 8, 8). Y afirma: Todas estas señales de temer a Dios me vinieron con la oración, y la mayor (señal) era ir envuelto en amor (Vida, 6, 4).*

Las señales que ha dicho eran las virtudes: evitar las ocasiones, deseo de soledad, amiga de tra-

tar y hablar de Dios, comulgar y confesar a menudo, la limpieza de conciencia.

Gran cosa fue haberme hecho la merced en la oración que me había hecho, que ésta me hacía entender qué cosa era amarle (Vida, 6, 3).

No se cansa de ponderar la oración y sus efectos. Dice: *Es gran negociación comenzar las almas oración, comenzándose a desasir de todo género de contentos y entrar determinadas a sólo ayudar a llevar la cruz a Cristo... Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar (Vida, 15, 11).*

Mucha confianza y aliento comunica la Santa cuando escribe: *Quien viere en sí esta determinación, no, no hay que temer..., puesto ya en tan alto grado como es querer tratar a solas con Dios y dejar los pasatiempos del mundo, lo más está hecho.*

El alma que en este camino de oración mental comienza a caminar con determinación y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse mucho porque falten estos gustos y ternura o la de el Señor, que tiene andado gran camino..., va comenzado el edificio en firme fundamento. Sí, que no está el amor de Dios en tener lágrimas ni estos gustos, que por la mayor parte los deseamos y consolamos con ellos, sino en servir con justicia y fortaleza de ánima y humildad (Vida, 11, 13-14).

Esta oración de estar atentos a Dios y en su compañía no admite razones ni espejismos para engañarnos a nosotros mismos estando presentes solamente con el cuerpo y distraídos con las potencias del alma.

En esta oración es imprescindible la consciente presencia del alma, que es la humilde y atenta atención del espíritu a Dios. Para ello es necesario desentenderse y vaciarse de todas las curiosidades, de todas las disipaciones que lleven polvo de mundo y de vanidad.

La frase más expresiva y ya como consagrada para esto, es la de morir a todo lo que no es Dios o no lleva a Dios; morir a cuanto es de amor propio, o de mundo, demonio y sensualidad; no dejarse vencer de los apetitos corporales ni espirituales, ni contristarse por falta de ternuras o de reflexiones. El alma ha de procurar serena y sosegadamente, pero con todas sus fuerzas, atender a Dios, mirar a Dios, acompañar a Dios y dejarse llenar y empapar de Dios. No está la oración en apretados esfuerzos, sino en sosegada, atenta y humilde mirada a Dios. Mirar y atender a Dios es hablarle y pedirle.

Cuando se deja llevar de distracciones o curiosidades, ya no acompaña a Dios, porque el alma no está atenta a Dios ni puesta en Dios.

Por ello expresaba Santa Teresa: *Durante mucho tiempo consistió mi oración en quedarme sola con Dios echando afuera toda otra distracción u ocupación; darme cuenta de que estaba sola con Dios.*

Se emplea el alma en la más pura y provechosa actividad, en el más alto aprender del divino Maestro. Es lo más opuesto al quietismo. Es la más perfecta y más sencilla actividad del alma en sus potencias.

Cuando los ojos del cuerpo contemplan atentamente un magnífico paisaje, perciben la belleza y la transmiten al alma, que atiende, admira y goza descansadamente con lo que la presentan y enseñan los ojos. Si cierro los ojos o los vuelvo a otro lugar, ya no veo, ya no entra en mi alma la hermosura del paisaje. Si miro a las imágenes que han quedado en mi memoria, aún estoy atento al paisaje, y me gozo en él; pero si me distraigo, se me va toda consideración.

Mi recuerdo de Dios es mirar y admirar a Dios, es amar a Dios y pedirle me dé su amor, es ofrecerme a El.

La atención a Dios es la actividad más descansada y más provechosa, como lo es estar a solas con Dios mirando que me mira y parece ser lo más fácil. Es, sin embargo, de lo más difícil por la fla-

queza y la inconstancia humana. Para conservar esta atención y darme cuenta de esta compañía con Dios solo tengo que privarme de las distracciones y curiosidades vanas y cultivar con todo esmero el recogimiento interior y no podré conseguirlo sino cuidando con el mismo esmero el recogimiento exterior y el vencimiento de mí mismo.

De mil modos nos inculca Santa Teresa esta verdad que ella practicó, y hasta que no la practicó no adelantó en la oración. Porque *lo seguro del alma que tuviere oración será descuidarse de todo y de todos y tener cuenta de contentar a Dios. Esto conviene muy mucho* (Vida, 13, 10).

Por ello escribe de sí que *comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme mercedes, como quien deseaba... yo las quisiese recibir* (Vida, 23, 2).

Si hiciésemos lo que podemos en no nos asir a cosa della (de la tierra), sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos como algunos santos lo hicieron (Vida, II, 2). *Así que porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro, porque si persevera no se niega Dios a nadie* (Vida, II, 4). *Poco a poco y en poco tiempo, si traéis cuidado con oración, os hallaréis en la cumbre* (Camino, Escorial 17, 3). *Yo sé que si le tenéis (cuidado) en un*

año, y quizá en medio, saldréis con ello (Camino, 29, 9).

El poder conservar la atención a Dios en la oración y prepararse el alma para poder recibir las misericordias del Señor, con la ayuda de la gracia del Señor depende de cada alma. *No se da a Sí del todo, hasta que nos demos del todo (Camino, 28, 12).*

Si me determino a vivir la mortificación y a quitar las ocasiones de disipación, florecerá en mi alma toda virtud y brillará el amor de Dios como brilló en el alma de Santa Teresa. Bien se esmeró ella en poner el mayor recogimiento en sus Carmelitas para que tuvieran oración como la tenían, *por ser todo nuestro fundamento en oración (Vida, 32, 19).*

CAPITULO XVII

EN LA ORACION DIOS ESTA EN EL ALMA Y EL ALMA EN DIOS, SU MORADA

Al dar Santa Teresa consejos para hacer bien la oración vocal dice que ha de predominar la atención más a aquel con quien se habla que a las palabras que se pronuncian.

La atención a Dios con humildad es siempre lo primero y principal para orar. Para poder sostener esta atención es importantísimo tener ocupada suavemente la inquieta imaginación casi sin que ella se dé cuenta.

No es posible atención durable sin que la imaginación esté ocupada y quieta en cuanto lo permita nuestra flaqueza y no es obra fácil.

¿Cómo es posible se la pueda ocupar y aquietar mirando a Dios como Dios, inmaterial, puro espíritu, infinito, sin límites ni imagen?

Santa Teresa me enseña a procurar conseguir-

lo sin abandonar su principio fundamental de estar sola y a solas con Dios, en amor, pero añadiendo una sencilla y muy interesante variación.

Continúa practicando su método sencillo y de amor, que pudiéramos denominar método de intuición y de corazón. Es la espontaneidad y la actividad del amor. Es la llama que ilumina, calienta y esclarece. Cuantos quieran pueden decidirse a practicarle y a vivirle. Porque en ésta como en la anterior enseñanza, la oración es vida de amor y ejercicio de amor el más noble. Es la más hermosa y mejor vida y la flor y encanto de la vida.

La oración mental sobre Dios como Dios es la más excelsa realidad y excede a todo concepto y a toda imagen. Está cimentada principalmente sobre la enseñanza que nos da la fe, pero como humanos que somos, siempre tienen que intervenir las ideas y las imágenes. Sin las imágenes no podemos pensar; aquí estas ideas están levantadas sobre las verdades de fé.

Los santos contemplativos en sus desiertos vivían y se santificaban o se estimulaban a las virtudes y al amor de Dios con esta oración y los santos de todos los estados la practicaban y fomentaban. Viviendo la oración llegaron a vivir la santidad.

Me acaba de decir Santa Teresa que he de mirarme junto a Jesús o he de mirar a Jesús dentro

de mí. Ahora mirando a Dios me enseña que he de mirarme engolfado en Dios, lleno y envuelto de Dios, como si sólo existiesen en el mundo Dios y mi alma. Mi alma estará atenta a Dios y Dios obrará en mi alma maravillas como las obró en los santos. Me hace ver la grande eficacia de la oración y la sobrenaturalización del alma por la oración. Dice así: *Comenzóme a crecer la afición de estar más tiempo con El y a quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, luego me volvía a amar a Su Majestad; que bien entendía yo, a mi parecer, le amaba, mas no entendía en qué está el amar de veras a Dios, como lo había de entender... Harto me parece hacía su piedad, y con verdad hacía mucha misericordia conmigo, en consentirme delante de Sí, y traerme a su presencia (Vida, 9, 9).*

Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo que he dicho, y aun algunas veces leyendo, venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en El (Vida, 10, 1).

Me advierte que aun cuando todo lo da Dios, mucho podemos cooperar nosotros: *Todo es dado de Dios, mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza... su Pasión; en deleitarnos de ver sus obras, su grandeza, lo que nos ama... Si con esto hay algún amor, regálase el*

alma, enternécese el corazón... Parece nos paga Su Majestad aquel cuidadito con un don tan grande (Vida, 10, 2). Esto está en nuestro querer y podemos nosotros hacerlo... Es encerramiento de (las potencias) en sí misma el alma (Camino, 29, 4).

He de procurar mirar que estoy solo mi alma con Dios y prestarle toda mi atención. Dios es mi Amado y yo soy amado de Dios. Con un amado se está con complacencia muy gustosa y se pasa deliciosamente mucho tiempo en su compañía. Quiero ser el enamorado de Dios. ¿Y cuál no será mi ansia de estar a solas con El amándole y sabiendo que soy amado de El como enamorado mío y Padre mío? He aquí sus palabras: Lo más que hemos de procurar al principio es sólo tener cuidado de sí sola y hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella. Y esto es lo que conviene mucho (Vida, 13, 9).

Y vuelve a inculcar en seguida en otra forma: *Lo seguro del alma que tuviere oración será descuidarse de todo y de todos, y tener cuenta consigo y de contentar a Dios (Vida, 13, 10).*

De hablar de Dios y de oír hablar de Dios nunca se cansaba (Vida, 5, 4-8 y 6-2), y todas sus conversaciones eran de Dios, nos dice; pero mucho más se esmeraba para que su trato con Dios fuera de grandes ratos en su presencia y en poner toda su atención en el trata con Dios, mirándole pre-

sente, en silencio, para escucharle; y de tal manera le miraba presente, que se veía toda engolfada en Dios y le miraba dentro de sí misma y con El recogida.

Esta era su oración y de aquí que ésta era su vida, pues hacía a Dios vida suya en todo tiempo y en todo lugar. Esta fue la fuente y la luz de su inspiración para vivir la oración y para vivir la vida interior, y por la interior, la exterior. Aquí aprendió a enseñar a tener y vivir la oración y la vida santa. De aquí *que quisiera traer siempre delante de los ojos el retrato y imagen, ya que no pudiera traerle tan esculpido en mi alma como quisiera* (Vida, 22, 4), *para hablar muchas veces con El... como habláis con otras personas. ¿Por qué os han de faltar palabras para con Dios?* (Camino, 26, 9). ¿No habla una madre con su niño aunque el niño no sepa aún hablar?

De aquí el apartarse de todo lo que pudiera borrar o empañar la viveza de esta imagen divina en su alma o enturbiar su limpieza de conciencia.

Si se vive la delicia de la fantasía fingiendo episodios irrealizables bellamente descritos en cuentos y novelas, ¿no se gozará el alma con las altísimas imágenes, que ennoblecen la imaginación presentando las delicadas y excelsas bellezas de lo sobrenatural, muy superiores a todos los sueños novelescos?

Santa Teresa llenaba su imaginación, y la nuestra, con el recuerdo y la hermosura del castillo de oro y piedras preciosísimas en nuestra alma, donde está Dios en trono de grandísimo precio en el centro del Corazón (*Camino*, 28, 9). ¿Quién no se goza viendo que su propia alma es Paraíso de Dios, donde se recoge con el mismo Dios? (*Camino*, 29, 4). ¿Puede deleitarse la imaginación ni estar absorta en algo que se asemeje a esta felicidad de encerrarse con Dios en este cielo del alma, que Dios llena, y comunicarle todos sus deseos y pedirle llene todas sus ansias? (*Camino*, 28, 5). Dios está con el alma y la llena de una vida tan dichosa como no pueden soñar los genios más preclaros. ¡Y ésta es una dichosa realidad! *Parecíame estar metido (mi espíritu) y lleno de aquella majestad, donde estaba su alma y se veían todas las acciones* (*Vida*, 40, 10).

Se me representó como cuando en una esponja se incorpora y embebe el agua, así me parecía mi alma que se henchía de aquella divinidad y... gozaba en sí y tenía las tres Personas. (*Relación*, 15, 2). *Aquel Sol resplandeciente, que está en el centro del alma* (*Moradas*, II, 2, 3).

CAPITULO XVIII

EL ALMA ESTA EN LA MORADA DE DIOS Y DIOS ES SU CENTRO

Santa Teresa utilizó magníficamente su imaginación para hacer oración no sólo sobre la humanidad de Jesucristo, sino sobre Dios como Dios o sobre la divinidad. Aún cuando ella llama a la imaginación la loca de la casa y otros nombres que designan la continua inquietud de la fantasía, y dice que cansada y aborrecida la tiene, utilizó admirablemente su inquietud y su inventiva para hacer oración e hizo trabajar a la loca de la casa con una cordura heroica; yo juzgo que la imaginación contribuyó en gran manera a la continua presencia que traía de Dios y a las mercedes que Dios la hizo. Bien pudo alabar Santa Teresa su imaginación aun para las obras que escribió y para la enseñanza de la oración, por los magníficos servicios que la hizo y la frescura y fragancia que ponía en su alma.

Con su imaginación al servicio de la inteligencia y del amor expone esta idea genial: *Dios está en la morada central y más bella del castillo. Dios está en el centro del alma.* He aquí sus palabras: *Considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas... No es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice tiene El sus deleites. Pues ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de bienes se deleita?...*

Pues consideremos, que este castillo tiene... muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados, y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma (Moradas, I, 1, 3).

La Santa invita al alma a entrar dentro de sí misma con Dios por la puerta de la oración porque va mucho de estar a estar con Dios, y *la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración (Moradas, I, 1, 7).*

También aquí Santa Teresa prescinde de partes de la oración, ni mira a divisiones, ni escribe para las almas tullidas que hablan a Dios como con su esclavo sin mirar si hablan bien o mal, o no

entran en sí atendiendo, sino *con otras almas que en fin entran en el castillo...*

Almas tullidas son las almas que no tienen oración.

Es necesaria la atención a Dios; es necesario el recogimiento; es necesaria la humildad. Es necesario querer estar con Dios, escuchar y atender a Dios y manifestarse a Dios.

Así se resume su modo de hacer oración.

Más adelante veremos que Santa Teresa no quiere ni encogimiento, ni nerviosismo, ni desconfianza, sino recogimiento, atención quieta y sosegada, y confianza, grande confianza en nuestro Padre celestial escuchándole y mirándole y agradeciéndole su presencia y poniéndose a su servicio, estando cierta de que la dará a beber el agua de la vida en su mismo manantial.

Así continúa diciendo: *Poned los ojos en el centro, que es la pieza o palacio donde está el Rey, y considerad como un palmito, que para llegar a lo que es de comer tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan. Acá en rededor de esta pieza están muchas y encima lo mismo; porque las cosas del alma siempre se han de mirar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar*

y a todas partes de ella se comunica este sol, que está en este palacio.

Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca o mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas arriba y abajo y a los lados; pues Dios la dio tan grande dignidad, no se estruje en estar mucho tiempo en una pieza sola, o que si es en el propio conocimiento... que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido; mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores. Así el alma en el propio conocimiento; créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí misma... Créanme que con la virtud de Dios obraremos muy mejor virtud que muy atadas a nuestra tierra (Moradas, I, 2, 8).

Que vuele el alma, pero siempre alrededor de Dios, sin apartar los ojos del recuerdo de El.

Que se ayude el alma según su condición, sus cualidades y necesidades, pero siempre afianzada en Dios y sin soltarse de sus manos.

Que se decida el alma con determinación a entrar en la casa de Dios y aun cuando tenga santa libertad para andarla y examinarla toda nunca se salga de la casa.

Que se decida con determinación a ponerse en los brazos de Dios para recibir su amor; procure siempre el recogimiento y compañía de Dios, sin dejarse llevar de la locura de la disipación, y de tal manera viva con Dios como si Dios y ella solos estuviesen en la tierra.

Viviendo en esa intimidad de amor hará más provecho a las almas y a la Iglesia que cuanto se puede pensar, pues alcanzará las gracias de misericordia y amor para todos.

En la oración estén la imaginación y la memoria atentas a Dios aun cuando no corresponda la emoción del afecto y de la ternura.

El amor no es el afecto o la ternura sensibles; es la entrega de la voluntad; es la fidelidad de las obras por las virtudes y la compenetración de la compañía y trato con Dios, y sobre el cimiento de la humildad crecerá la caridad y vendrán las misericordias del Señor con la oración de unión.

La Santa lo dice: *Lo que yo he entendido es que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios. Es necesaria la verdadera pobreza de espíritu, que no es buscar consuelo ni gusto en la oración, que los de la tierra ya están dejados, sino consolación en los trabajos por amor de El, que siempre vivió en ellos, y estar*

en ellos y en las sequedades quieta; aunque algo se sienta, no para dar inquietud y la pena que algunas personas, que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devoción, piensan va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procure y estén con cuidado delante de Dios, mas que si no pudieren tener aún un buen pensamiento... no se maten (Vida, 22, 13).

Las tentaciones que vengan en la oración se desprecien. Está el alma con Dios; Dios es su fortaleza y nada podrán dañarla las tentaciones.

CAPITULO XIX

EL ALMA, JARDIN Y HUERTO DE DIOS

Una vez más recuerdo que Santa Teresa no menciona los métodos ordinariamente conocidos para enseñar a tener oración, ni habla de la composición de lugar, muy conveniente para sujetar la atención en la oración, pero no deja de poner comparaciones muy hermosas y muy prácticas y conocidas para atraer y dar santa ocupación a la imaginación y a la memoria, y con estas comparaciones no solamente tenerlas amorosamente atentas, sino convertirlas en magníficos y gustosos cooperadores de la oración.

Leemos en ella que *no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde (Dios) dice tiene sus deleites (Moradas, I, 1, 1)*.

Utiliza mucho la comparación del paraíso, del jardín o del huerto para enseñar a hacer oración. Ni es de extrañar ya que la Sagrada Escritura lo

usa muy destacadamente, y con la Sagrada Escritura, los escritores espirituales que tanto había leído la Santa.

En el *Cantar de los Cantares* hay mutua invitación del amado y de la amada a que vayan a su huerto cerrado y lleno de todos los frutos. En sentido espiritual la amada es el alma o es la Iglesia. San Juan de la Cruz presenta todo el encanto y toda la delicia del edén describiendo el jardín floridísimo del alma unida en amor a Dios.

Santa Teresa enseña a hacer oración y permanecer en la oración diciendo: *Habré de aprovecharme de alguna comparación... Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra muy infructuosa, que lleva muy malas hierbas, para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas hierbas y ha de plantar las buenas.*

Pues hagamos cuenta que ya está hecho esto cuando se determina a tener oración un alma, y lo ha comenzado a usar; y con ayuda de Dios hemos de procurar, como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan a echar flores que den de sí gran olor, para dar recreación a este Señor nuestro, y así se venga a deleitar muchas veces a esta huerta y a holgarse entre estas virtudes (Vida, II, 6).

Aún detalla más este modo de hacer oración y dice lo practicó ella en los principios. *Tornemos a nuestra huerta o vergel, y veamos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto, y las flores y claveles lo mismo para dar olor. Regálame esta comparación, porque muchas veces en mis principios... me era gran deleite considerar ser mi alma un huerto y al Señor que se paseaba en él; suplicábale aumentase el olor de las florecitas de virtudes que comenzaban, a lo que parecía, a querer salir, y que fuese para su gloria, y las sustentase, pues yo no quería nada para mí, y cortase las que quisiese, que ya sabía habían de salir mejores. Digo cortar, porque vienen tiempos en el alma que no hay memoria de este huerto; todo parece está seco y que no ha de haber agua para sustentarle, ni parece hubo jamás en el alma cosa de virtud.*

Pásase mucho trabajo, porque quiere el Señor que le parezca a el pobre hortelano que todo el que ha tenido en sustentarle y regarle va perdido.

Entonces es el verdadero escardar y quitar de raíz las hierbecillas, aunque sean pequeñas, que han quedado malas, con conocer que no hay diligencia que baste si el agua de la gracia nos quita Dios, y tener en poco nuestra nada; y aunque sea menos que nada, gánase mucha humildad. Tornan de nuevo a crecer las flores (Vida, 14, 10).

El alma se mira a sí misma como huerto de Dios y jardín de delicias de Dios. *El alma mira a Dios, que está en su huerto y le cuida, y le llena de flores y de frutos y se pasea gozoso en este su aménisimo jardín.*

Muy extensamente describe la Santa en otros capítulos los cuatro modos de regar este huerto en la oración. Dios es el jardinero y se regala cuidando su jardín y deleitándose en esta alma que convierte en paraíso.

Familiarizada con esta comparación y llena de gozoso agradecimiento, dice de su primer convento de San José que el Señor la dijo que *era esta casa paraíso de su deleite* por la santidad de las almas que en él vivían en *tanta estrechura, y pobreza y oración* (Vida, 35, 12).

El alma que tiene hambre y sed de oración, siente alegría y gozo secreto e íntimo viéndose no sólo ser posesión de Dios, sino que Dios está en ella y la cuida y la embellecerá hasta convertirla en paraíso de unión de amor con El mismo. Sabe que Dios se pasea deleitosamente en ella en la oración. ¿Qué importa esté en sequedad o en ternura, tenga gustos o disgustos, se la pase el tiempo muy rápido o se la haga muy pesado, si Dios está paseándose y recreándose en ella? Por eso exhorta que entre con su Esposo en este *paraíso con su Dios*

y cierre la puerta tras sí a todo el mundo (*Caminno*, 29, 4).

¿Qué oración hay ni puede haber más sencilla ni más provechosa, santa y complaciente que ésta? ¡Qué inexplicable delicia siente el alma al verse jardín de Dios y que Dios se pasea en ella y cuida sus flores y sus frutos y se recrea en ellos! ¿No se gozará el alma aun en el tormento de la aridez y en la misma tentación, estando cierta de que Dios está en ella como en el Paraíso y se deleita en su fragancia y hermosura?

Bien puede el alma invitar a Dios como la Esposa del *Cantar de los Cantares*: *Venga mi amado a su huerto, y coma del fruto de sus manzanos* (*Cantar de los Cantares*, V, 1).

Bien puede recordar las delicias que Dios hace en este su huerto del alma como las comenta San Juan de la Cruz cuando invoca y llama a Dios que venga al jardín del alma:

Ven, Austro, que recuerdas los amores,
aspira por mi huerto
y corran sus olores,
y pacera el Amado entre las flores.

Alégrate, alma, con íntimo gozo sabiendo, como te enseña la fe, que Dios está contigo en soledad, complaciéndose en ti, mirando tus virtudes y tus

deseos y esfuerzos para entrar dentro de ti; recogida en tus potencias con El solo, en este paraíso de ti misma y cerrada la puerta a todo lo que no es el querer y el amor de Dios, estarte con El a solas, y hablarle y pedirle e instarle para que te llene de sus misericordias, te dé la verdadera oración y las virtudes y con ello la unión de amor con El.

Este es el verdadero cielo del alma en la tierra. Esto es estar como poseída dichosamente de Dios y pronta para cuanto Dios disponga. El alma sale llena de la fragancia de Dios para practicar las virtudes y llevar con su ejemplo como con su oración las almas a la fe.

Aun cuando se pase *mucho trabajo porque quiere el Señor que le parezca a el pobre hortelano que todo el que ha tenido en sustentarle y regalarle va perdido* (Vida, 14, 10), ésta es muy santa y perfecta oración, en ella se agrada el Señor sobremamente; aquí está Dios en amor con el alma y aquí da Dios al alma el don de la oración y prepara para la unión de amor y aun llega a hacerla.

CAPITULO XX

ASI SE HACE ORACION, DICE SANTA TERESA

Quiero exponer más concreta y detalladamente el acto de hacer oración con la enseñanza y aun con las palabras mismas de Santa Teresa. Ella dice que no es fácil expresarlo y lo sabía muy bien por experiencia.

Sé, y repito, que la oración es lo más grande, pues conduce a la posesión y unión en amor del Sumo Bien y es la fuente de todos los bienes.

Sé que la oración bien hecha hace florecer las virtudes, acrecienta el amor, llena de bondad, alcanza el dominio de sí mismo y santifica.

Por esto el alma de oración es el paraíso de Dios en la tierra y como un cielo anticipado; es antorcha que ilumina el mundo con luz de cielo.

La oración es el ofrecimiento a Dios y el trato de amor con Dios de todo el ser del hombre: del

alma y del cuerpo. Con Dios trata y a Dios se ofrece el alma con sus potencias, entendimiento y voluntad y juntamente con la imaginación y con su cuerpo todo.

La oración santifica y sobrenaturaliza al hombre y lleva a la perfección todas las acciones del hombre. El hombre de oración es hombre de Dios.

La oración es la empresa más grande y más alta y por lo mismo es la más difícil y se ha de poner la decisión más decidida y la determinada determinación con perseverancia, sin desaliento, con confianza.

A quien se decide y es humilde y constante, Dios, por Sí mismo, le enseña a hacer oración perfecta, le hace alma de oración, le enriquece con toda la hermosura de las virtudes y establece con él la más íntima y regalada unión de amor.

La oración y el ideal de la oración es muy alto y codiciado. Todos queremos ser almas de oración. Muchos la empiezan con no pequeño entusiasmo, muy pocos llegan a tenerla perfecta. Ante la dificultad y por el atractivo de las distracciones y pasatiempos, muchos se desalientan y prácticamente la abandonan. Ya San Agustín hizo la observación de que *en el principio oran muy fervorosos; pasando el tiempo oran con flojedad y más tarde fría-*

mente y con negligencia (Al Salmo 65). No duermas tú, que el enemigo vela. ¡El recogimiento! ¡La soledad del corazón! ¡El hallar el corazón dentro de sí mismo que aprendió Santa Teresa en Osuna! ¡El recogimiento con Dios dentro del alma, o sumergida el alma en Dios, es el todo! Y con el recogimiento, el tiempo dedicado a Dios en la oración, que no ha de ser breve. Nunca dejar la oración ni recortar el tiempo dedicado a Dios en la oración, que ya no es tiempo del alma; en justicia es tiempo de Dios, pues se lo ofreció.

Enseña la Santa: Este poquito de tiempo que nos determinamos de darle, de cuanto gastamos en nosotros mismos y en quien no nos lo agradecerá, ya que aquel rato le queremos dar, démosle libre el pensamiento y desocupado de otras cosas, y con toda determinación de nunca jamás tornar a tomárselo por trabajos que por ello nos vengan, ni por contradicciones, ni por sequedades; sino que ya tenga aquel tiempo como cosa no mía y piense que me le puede pedir por justicia cuando del todo no se le quisiera dar (Camino, 23, 2).

Con toda precisión Santa Teresa nos enseña cómo se ha de orar, principalmente desde el capítulo veintitrés del *Camino de Perfección* hasta el treinta y uno.

Confiemos que con esta enseñanza y con este modo de orar, en muy poco tiempo podemos llegar,

a orar perfectamente si realmente nos decidimos.

Nos hace la Santa estas dos advertencias muy importantes: *De mí sé deciros que nunca supe qué era rezar con satisfacción hasta que el Señor me enseñó este modo y siempre he hallado tantos provechos de esta costumbre de recogimiento dentro de mí, que por eso me ha hecho alargarme (Camino, 29, 7).*

Es modo enseñado por Dios al alma y no dejará de producir todos los efectos santos de esta enseñanza si el alma es fiel en seguirla. Dios no deja de cumplir lo que promete.

Estos santos efectos se consiguen en muy breve tiempo. Nos maravillamos cuando leemos que San Juan de la Cruz dijo en Malagón a la Madre Marina que si cumplía sus consejos y moría a sí misma, en dos meses haría Dios con ella la unión de amor, y lo afirmó con toda seguridad.

Con la misma seguridad escribe Santa Teresa que en un año o menos llegará el alma a tener perfecta oración con este modo de hacerla, y si entre tantas almas que dicen están dedicadas a tener oración muy pocas lo han conseguido, es porque no se entregan con decisión, ni ponen en práctica el recogimiento y la limpieza de conciencia que exige el mirar que llevan a Dios dentro de sí y que su alma es trono de Dios y paraíso de Dios.

Esta es la afirmación que Santa Teresa escribe: *Nada se aprende sin un poco de trabajo. Por amor de Dios que deis por bien empleado el cuidado que en esto gastaréis; y yo sé que, si le tenéis, en un año y quizá en medio, saldréis con ello, con el favor de Dios. Mirad qué poco tiempo para tan gran ganancia* (Camino, 29, 9). Y orar es el oficio de los religiosos (Camino, 21, 7).

Se ha de empezar el camino de la oración sabiendo con *seguridad de que si no nos dejamos vencer, saldremos con la ganancia. Esto sin ninguna duda* (Camino, 23, 5).

El modo de orar es ponerse en soledad y recogimiento con Dios dentro del alma y en ese recogimiento y en esa soledad con Dios el alma habla a Dios y pide y agradece. Pero todo el hombre, incluida la imaginación, interviene en esta oración. Muchísimo ayuda la imaginación obediente a la voluntad, por grado o por fuerza.

Adonde está Dios está el cielo... San Agustín le vino a hallar dentro de sí mismo... Para regalar-se con El... no ha menester... sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no extrañarse de tan gran huésped, sino con gran humildad hablarle como a Padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de ser su hija (Camino, 28, 2).

Con este modo de rezar... con mucha más brevedad se recoge el entendimiento y es oración que trae muchos bienes; llámase recogimiento, porque recoge el alma las potencias y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad su Divino Maestro a enseñarla y a darla oración de quietud... Porque allí metida consigo misma puede pensar en la pasión, y representar allí al Hijo y ofrecerle al Padre y no cansar el entendimiento andándole buscando en el monte Calvario, y al Huerto o a la Columna.

Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo y la tierra, y acostumbrar a no mirar ni estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores, crea que lleva excelente camino y que no dejará de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo (Camino, 28, 4-5).

Estos... por aquel rato hacen lo que pueden por librarse de (la tierra) recogiendo los sentidos a sí mismos. Si es verdadero el recogimiento... parece se levanta el alma con el juego..., que ya ve lo es las cosas del mundo. Alzase al mejor tiempo, y como quien se entra en un castillo fuerte para no temer los contrarios; un retirarse los sentidos de estas cosas exteriores y darle de tal manera de mano, que, sin entenderse, se le cierran los ojos para no verlas, porque más se despierte la vista a

los del alma. Así, quien va por este camino, casi siempre que reza tiene cerrados los ojos (Camino, 28, 6).

Si se usa algunos días y nos hacemos esta fuerza, verse ha claro la ganancia y entenderán... que se vienen las abejas a la colmena y se entran en ella para labrar la miel... Como no hay embarazo del exterior, estése sola el alma con su Dios; hay gran aparejo para encenderse (Camino, 28, 7-8).

No conviene dejar suelta a la imaginación, que traería mil impertinencias y distraería de tal manera, que haría casi imposible la atención y el recogimiento y mirada dentro de sí misma. Santa Teresa enseña a obligarla a trabajar con gran provecho. Así dice: *Hagamos cuenta que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza; todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal Señor, y que sois vos parte para que este edificio sea tal, como a la verdad es así (que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, y mientras mayores, más resplandecientes las piedras), y que en este palacio está este gran Rey, que ha tenido por bien ser vuestro Padre, y que está en un trono de grandísimo precio, que es vuestro corazón (Camino, 28, 9).*

Parecerá esto al principio cosa impertinente...; es necesario para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin comparación, den-

tro de nosotras de lo que vemos por de fuera. No nos imaginemos huecas..., que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos tenemos tal huésped dentro de nosotros, nos diésemos tanto a las cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos (Camino, 28, 10).

La oración es perfecta cuando el recogimiento del alma con sus potencias está todo dentro de sí misma y ella toda atenta a solo Dios, hablando y tratando con Dios, mirando y escuchando a Dios o el alma se mira toda en Dios, empapada y llena de Dios, dándose y recibiendo de Dios.

Está recogida y ofrecida el alma toda con el entendimiento y con la voluntad; con la imaginación y también con la reverencia externa del cuerpo. Dios obra maravillas en el alma que así está y se ofrece.

Y es muy conveniente fijar varios días la atención y la consideración en el mismo paso de la pasión o vida del Señor o en la misma verdad, y así, graba más consistentemente el paso o la verdad para llevarle impreso durante el día y aun durante la vida y que nunca se olvide; como cuando la lluvia cae suavemente, persistiendo bastante tiempo, se empapa la tierra del agua sin que se desperdicie ni una gota y dura la humedad mucho tiempo, así la consideración o mirada sobre un mismo paso, fijándolo con la imaginación, se hace como

imborrable y está presente durante todo el día y mejor varios días, no sólo para recordarle, sino para hacerle vida propia. Dios se hace presente a estas almas al poco tiempo relativamente por el interés con que han procurado grabar en sí y apropiarse la vida y la verdad del señor.

Santa Teresa quería se ayudasen aún más con una imagen externa. *Procurad traer una imagen o retrato del Señor, que sea a vuestro gusto, no para traerle en el seno y nunca mirarle, sino para hablar muchas veces con El... como habláis con otras personas (Camino, 26, 9).*

La idea de que piense el alma que la mira el Señor siempre prevalece en este modo de oración que el Señor enseñó a Santa Teresa y ella a nosotros. Es mirada de amor que compenetra y familiariza y lo expresa todo.

Estar recogidos dentro de nosotros mismos con Dios es lo principal. Así continúa diciendo: *Poned los ojos en vos y miraos interiormente...; hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará..., porque dais mucho a los que de veras se quieren fiar de Vos (Camino, 29, 2-3).*

Esto lo podemos conseguir todos si queremos, si nos decidimos. *Quisiera yo saber declarar cómo está esta compañía santa con nuestro Acompañador, Santo de los santos, sin impedir a la soledad que*

ella y su Esposo tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este Paraíso con su Dios y cierra la puerta tras de sí a todo el mundo. Digo quiere, porque entended que esto no es cosa sobrenatural, sino que está en nuestro querer, y que podemos nosotros hacerlo con el favor de Dios... porque esto no es silencio de las potencias, es encerramiento de ellas en sí misma el alma (Camino, 29, 4).

Nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente a Dios, y aun en las mismas ocupaciones retirarnos a nosotros mismos; aunque sea por un momento, sólo aquel acuerdo de que tengo compañía dentro de mí es gran provecho (Camino, 29, 5).

Así enseña la Santa esta oración, y con el acto de la oración, la vida de oración.

Aquí se halla el corazón a sí mismo y en Dios como aprendió ella en el *Abecedario espiritual*.

Las almas de oración, que son almas de amor, con este trato de íntimo amor con Dios, lo alcanzan todo del Señor. Dios no las niega nada, no puede negarlas nada. ¡Cuánto podríamos hacer si fuésemos almas de oración, como podemos y como Dios quiere lo seamos!... La Iglesia sería santa en sus miembros y el mundo estaría convertido a la fe y viviría la virtud.

Dios mío, hacednos almas de oración. Dadnos

voluntad para que nos determinemos a ser almas de oración. Lléname de Ti mismo y que yo esté mirándote con mirada de amor.

Que no tengas que decir de mí como dijiste a Santa Teresa: *¡Ay, hija, qué pocos me aman con verdad! Que si me amasen, no les encubriría yo mis secretos* (Vida, 40, 1).

Dios comunica sus secretos a las almas cuando las almas se dan a Dios en la oración.

Haz de mi alma, oh Señor mío, el hermosísimo relicario delicadamente labrado por Ti mismo para ponerte Tú en él (*Dios en mí*, por un Carmelita Descalzo, número 282).

Porque como Dios la tiene (la morada) en el cielo, debe tener en el alma una estancia adonde sólo su Majestad mora, y digamos (tiene), otro cielo (Moradas, VII, 1-3).